

AMD, 40,8,5

→ Universidad
de Deusto,
Ap. 1
31430.

Rosendo Roig

Mes MAR. 1975

ALABANZA DE LA ALDEA ...
... DESDE LA CIUDAD

Te abraza.

ECO.

Publicado en

Razón y Fe

revista hispanoamericana de cultura

PABLO ARANDA,3
MADRID-6

Núm.



FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES

cultura viva



Alabanza de la aldea... ...desde la ciudad

● **Análisis del último Delibes**

Rosendo Roig, S. J.

Delibes, en el reducido panorama válido de nuestra novela, es algo más que un nombre. Su último libro La guerra de nuestros antepasados se nos presenta como un minucioso análisis del varón de dolores de la mediocridad, en el ámbito recreado del campo de Castilla. En estratos más profundos Delibes se revela como un defensor del tímido frente a una cruel sociedad tecnificada y anonimizante. Con todo, su estudio nos descubre las limitaciones, entre hallazgos, del conocido novelista.

¿POR qué no conocemos el alma de un escritor antes de leer su libro? Equivaldría a poseer la clave del mismo, nos resultaría vital su escritura, provechoso el arduo trabajo de la lectura despaciada, minuciosa. Aprenderíamos a descifrar enigmas y a cifrar claridades. El libro sería una lección ardiente de vida. Sería como un amor, como un camino, como una voz de la historia literaria.

Escritor de tierras de jugo apagado

Abrimos días atrás el último libro del académico Miguel Delibes: *Las guerras de nuestros antepasados*¹. Un libro de título largo, seco, sin sugerencias. Miguel Delibes es un escritor de esfuerzo, de limitada inspiración, selecto al expresarse, hasta cierto punto de alma literaria plana, ajeno a síntesis intuitivas, hombre modesto, libros quietos. Nosotros nos imaginamos los libros de Miguel Delibes como los clásicos predios de su Valladolid vital. Tremendamente serios. Llenos de luz. Tradicionales y continuados en la producción. Tierras de jugo apagado. Tierras lisas, sin accidentes, una perdiz si acaso, que salta aquí y allá. Una escopeta que dispara, una silueta que cruza, pero... al caer la noche, al cerrar el libro, todo queda en paz. El alba amanecerá mañana y otra vez la vida, ecuanimemente, echará a andar... así será el próximo libro de Miguel Delibes, cazador de páginas seguras, náufrago en la parábola de la revolución literaria, buceador de recuerdos de las guerras de sus antepasados, príncipe destronado de algún reino, hombre que en este libro de nostalgias, nostalgias aldeanas, vistas, por supuesto, desde la ciudad. Miguel Delibes, paz.

Puede tener la impresión el lector medianamente impuesto en los andares literarios que, Miguel Delibes, ha querido en esta obra redactar su testamento de sabidurías populares a nivel aldeano. Noble idea. No nos parece extremadamente original, pero sí justamente, promiscuamente realizada. Miguel Delibes se nos presenta como poseedor de una inacabable memoria para el detallismo de la vida rural. Ha creado un *tipo-eje de la narración*, Pacífico Pérez (cuanto al nombre, vulgar hasta la chatez), que es un auténtico prodigio, no solamente recordando hechos verosímiles e inverosímiles hasta la minuciosidad, sino prodigio, también, en la incontinencia verbal, imparable. *Las guerras de nuestros antepasados* casi resulta asfixiante. Siete noches de diálogo con un extraño doctor, en el que Delibes encarna al posible lector interesado por la vida y milagros de dos aldeuelas—muy sabrosas y simpáticas—de Castilla la Vieja.

¹ MIGUEL DELIBES, *Las guerras de nuestros antepasados*, ed. Destino, Col. Ancora y Delfín, vol. 457, 296 pp., 18 x 12 cm., Barcelona, 1971.

Tres vías de agua para un cuerpo

Pacífico Pérez, según un audaz sargento del Ejército español:

“¡Pacífico Pérez!..., tienes tres vías de agua? cegato, estrecho de pecho y los pulmones agujereados”².

Pacífico, por obra y gracia de Miguel Delibes, es cariñoso hasta la insistencia, terne, grato, inexhaustible. Un tipo que tantas veces se nos parece arrancado de cualquiera de los aguafuertes de Cela. Porque Cela es el gran presente en este libro. Con el material acumulado por Delibes, Cela habría escrito tres, cuatro, cinco o más libros, amén de otros tantos textos de anecdotario. Lo que apuntamos como sugiriendo que escrito anda el libro con la técnica chorro o borbotón, más borbotón espontáneo que chorro encauzado, pese a lo cual Pacífico Pérez es una fontana de caños de oro folklórico...

... y él, el sargento digo, puso una cara así, como de guasa, y va y me dice: ¿sabes para lo que estás tú? Para cogerte con pinzas y tirarte a la basura³.

Miguel Delibes ha encontrado en Pacífico Pérez una “typical” fuente de inspiración que ha aurificado las 297 páginas. Delibes debe tener un alma de cristal. El lector duda ante el prólogo del libro, firmado por el doctor Burgueño López. ¿Es un prólogo simplista o una meditada introducción a ese cántico a la sencillez humana que es toda la novela? ¿Cómo puede Miguel Delibes pensar, a estas alturas de realismo social, que el lector va a dar fe a tal ficción? El hombre moderno ya no cree que las novelas vienen de los escritores sino de la vida misma. Todo el perfume de ruralidad zarzuelera que destila el libro, ¿“sabe” a ficción, prólogo incluido?

Alma tímida y extranjera

Pacífico Pérez—desacertado nombre—“producía la impresión de que todo cuanto le rodeaba le resultaba ajeno y él no era sino presencia flotante cuya irrupción en este mundo se debía a la pura casualidad”⁴. “Era alto y extremadamente flaco. Debido a su timidez, y tal vez a su enfermedad, caminaba ligeramente encorvado”⁵. Tenía “un aire intelectual que desmentían sus ademanes, y, en particular, su tono de voz y sus expresiones, decididamente rurales”⁶. “Pacífico era un desplazado, un ser desamparado y fuera de su sitio”⁷. “Pacífico observaba una actitud defensiva, basada antes que en la hos-

² Página 123.

³ Página 123.

⁴ Página 9.

⁵ Página 9.

⁶ Página 10.

⁷ Página 10.



quedad, en la ambigüedad y los circunloquios”⁸. “... la experiencia le había sugerido la reserva como actitud aconsejable para caminar por la vida”⁹.

Miguel Delibes ha puesto en pie un personaje con la envergadura y la complejidad de un gran escritor, de un serio psicólogo, de un hombre que no ha estudiado la vida gratuitamente. El tipo Pacífico Pérez echa a andar desde las primeras páginas, pero no arranca hasta mediada la novela. Miguel Delibes, conscientemente, lo ha fragmentado, telaarañado con niñeces, milagrerías, fruslerías y anecdotismo que más parecen feria de ruralidades que pedestales para protagonista.

La estructura del libro no es maliciosamente especial. Casi una línea que corre suavemente paralela a los campos de Castilla la Vieja.

Al recordar sus siete noches, al ver el conjunto vital del protagonista, observamos que, tras todo el montaje de la novela, palpita el esquema tradicional de la más clásica de las novelas: una gran exposición del carácter del protagonista (tres primeras noches, 126 páginas); eclosión de amor y muerte en el protagonista (cuarta noche, 42 páginas) y la liberación de este mundo de Pacífico Pérez (quinta, sexta y séptima noches, 128 páginas). Planteo, nudo y desenlace. Tradicional, sereno, pacífico (por usar palabra acorde con el texto). La estructura está muy sabiamente balanceada por Delibes.

Primera parte, tres noches

Las tres primeras noches son un juego de artificio memorístico del protagonista, que actúa de tela de araña, en la que se posan un excesivo número de recuerdos, costumbres, tradiciones, caracteres anecdóticos, vida de pastoreo, gallineo, poda, siembra, historia de fuentes y ríos, misticismos, arrobos, visiones, noviazgos, búsqueda de pepitas de oro, odios vecinales, recuerdos de guerras de los antepasados y de protagonistas, especialmente la guerra de Africa, sabidurías populares, escuelas municipales, paisajes, fríos, calores y nieves, enfermedades y amores... de un pueblecillo de muy pocos habitantes llamado El Humán.

Pacífico Pérez (yo conocí a un franciscano que se llamaba Pacífico y había sido Guardián de los Santos Lugares) es un hombrecillo miope y parlador, tímido hasta el desamor, de osamenta férrea y piel lacia, fría y bolsona, como un sapo. Pacífico Pérez (el franciscano que yo conocí, también aparecía manso, pero después...) charla y re-

⁸ Página 11.

⁹ Página 11.

charla durante tres noches sobre cuanto sus cegatonos, sus legañosos ojos han visto y su prodigiosa memoria, de tísico profesional, recuerda. Con todo este chisporroteo, con todo este "puzzle" evocador, Miguel Delibes ha compuesto un amplio cuadro de vida popular castellana, muy rico en gama de valores. De los sociales hasta los estrictamente gramaticales y filológicos.

Vivir en Castilla

Esta primera parte, que puede llegar a cansar, como cansarían estas tres noches seguidas viendo los mismos o muy parecidos juegos de artificio, es uno de los más vistosos cuadros folklóricos-castellanos que conocemos. Miguel Delibes lo ha pintado en vivo, palpitando, todos están en acción, todos hablan, ríen, comen, juegan, cazan, entran y salen, rezan y pecan, matan perros y matan hombres, aprenden y duermen, corren y lloran, a la vez. Todas las tres primeras noches son un griterío vivido, un sereno aguafuerte, un reportaje cinematográfico en el que la cámara estuviera dirigida, manejada o aconsejada unas veces por Buñuel, otras por Berlanga, otras por un joven director proveniente del cine experimental.

El lector no descansa. Sorprende la extraordinaria movilidad de Delibes. Entramos en todas las casas, hablamos con todos los vecinos, bebemos de todos los vasos, comemos en todas las mesas y se nos cierran discretamente las puertas cuando la educada sensibilidad de Miguel Delibes lo desea. Hasta tal punto llega a abrirse este abanico de popularismos que el lector piensa que la novela va a ser un reportaje, una guía turística de un pueblo castellano. La voz "en off" de Pacífico (¡pobre!, ¡sólo hablando se recuperaba...!) resucita la vida en aquel pueblo dormido en el olvido.

Una araña de cristal

La voz de Pacífico es como una inmensa tela de araña de cristal cernida sobre el pueblo e impide que todas las vidas, todos los acontecimientos del Humán, todo el quehacer agrícola del diminuto país, se pierdan, se evaporen por el cielo del olvido. La memoria de Pacífico convertida en araña de cristal, logra que cada recuerdo se pose, con sus ágiles patitas, en cada uno de los hilillos de su tela, hasta lograr que, acabada la tercera parte, el lector pueda ver, desde lejos, sentado en un alcor castellano, flotando sobre la aldehuela, como una cúpula de pequeñas, tiernas, sugerentes memorias de su historia ocular.

De haber pretendido solamente este fin, la novela se le iba de las manos a Delibes. Pero no. Todo se nos cuenta en función del pro-



tagonista. Este es como el eje de todos los recuerdos. Más claro: Pacífico es el baúl de recuerdos. La técnica de Delibes para poner en pie de amor y muerte al protagonista, para encarnarlo, ha sido ir presentándolo despaciadamente. Cada recuerdo es como un espejuelo que refleja casi esperpénticamente el alma, el cuerpo, el nacimiento, la mocedad, la madurez de Pacífico. Después de 126 páginas hemos asistido a la vida del pueblo, que se evapora después de la tercera noche. Pero ha quedado en pie, sólido, serio, puesto a punto como un arlequín, el espíritu y el cuerpo de Pacífico.

Segunda parte, una noche solamente

La historia va a comenzar, vamos a cruzar caminos, senderos, veredas hasta llegar a un poblado en ruinas, abandonado. Son las tres de la tarde. El poblado se llama Prádanos. Tiempo de siesta. Calor y silencio sensuales.

“Bueno, conque allí sentados, orilla del abrevadero, que hacía un sol de justicia, dejamos pasar el tiempo, y un grillo dale, tal que así, doctor, al pie nuestro, que gracias a él se conocía el silencio, ya ve que cosas... Pues eso, oiga, nada, sólo el grillo, que ni al mirlo se le sentía ya...”¹⁰.

Pacífico está con la Candi, serrana de cuerpo salvaje y sensibilidad hípica, lo opuesto a Pacífico, la libertad en estado de desfogue, el espejo de una juventud de carne, sin admirabilidad.

“La Candi, para que lo sepa, tenía en el pensamiento armar una comunidad campesina, por un decir, estaría compuesta por hombres y mujeres jóvenes, pero sin prejuicios, ¿entiende?; o sea, sin escrúpulos. De forma que cada chavala pudiera estar con todos los hombres y viceversa, oiga, todas las combinaciones, sin que nadie tuviera derecho a c...” “Bueno, ella era un poco veleta en este punto, doctor. Y si hoy decía blanco, mañana decía negro; no podía uno fiarse. Que, por ejemplo, algunos días, así que andábamos más encendidos, ella me decía: tú y yo... nos iremos juntos en busca de una sociedad más pura. O sea, ella tenía la pichicharra de que al mundo lo escachaba el progreso, ¿entiende?” “Bueno, doctor, el caso es que hacía bochorno allí aquella tarde, en Prádanos, ¿sabe?, y el sol picaba lo suyo...”¹¹.

Albert Camus, Francisco José Alcántara

La calidad de esta segunda parte reside en el lenguaje preciso, minucioso, casi de interrogatorio judicial. El contenido era de esperar. Lo hemos leído demasiadas veces. Concretamente nos viene a la

¹⁰ Páginas 136-137.

¹¹ Páginas 138-139.

memoria una escena de *La muerte le sienta bien a Villalobos*, de Francisco José Alcántara, también como Delibes, Premio Nadal. Hay que notar la dignidad de Delibes, en un mundo como el nuestro, optando por medios insinuantes, antes que realistas, para resolver esta parte. Incluso el final de esta tragedia climatizada en sol duro, excesivo, nos ha recordado también el crimen de *El extranjero*, novela de Camus, que puede anotarse como leve, aéreo antecedente de *Las guerras de nuestros antepasados* cuanto al protagonista se refiere y, hasta cierto punto, cuanto al montaje interrogatorio.

Pacífico y Mersault tendrían algún parentesco, especialmente de tipo moral. Mersault no siente remordimiento especial después de haber asesinado al árabe bajo el sol. Tampoco se opone a ser ajusticiado. Ve la pena de muerte como una liberación. Cree merecer la pena capital. Solamente pide que le apliquen lo que merece. Así descansará, se liberará de esta vida absurda.

Matar en frío

Pacífico mata en condiciones que tienen un fondo común, aunque la escenografía pueda parecer algo distinta. Pero lo importante, la reacción es similar. Pacífico reconoce, no se excusa, se extraña de los voluntariosos deseos del abogado defensor y entra sin dramatismos en la cárcel, que ocupa toda la tercera, última parte de la novela.

Dr.—Y tú, ¿qué sentías tú en este momento, Pacífico?

P. P.—Frío, ya ve... Que yo sepa, nada, doctor.

Dr.—Pero estarías ofuscado, digo yo.

P. P.—No, señor; le digo a usted que no estaba ofuscado.

Dr.—Está bien. De acuerdo. ¿Qué hiciste entonces?

P. P.—Pues conforme me puse de pies, tenía tal que así la navajilla en la mano derecha y le tiré un viaje, ¿se da cuenta?, al Teotista, digo.

El Teotista es hermano de la Candi.

Dr.—¿Qué hizo el Teotista ante tu agresión?

P. P.—No hizo nada, oiga, ni tiempo le dio. O sea, soltó la garrocha y se llevó las manos al vientre, natural, donde le había pinchado, y dijo: me ha matado. Luego se cayó al suelo, hecho un gurrño, meneó un poco las piernas y se quedó quieto ¹².

Técnicamente, en la segunda parte (cuarta noche) Miguel Delibes ha encauzado el abanico preludial (primera, segunda, tercera noches), reduciéndola a situación de dos. El Pacífico y la Candi, o el amor excesivo de un tímido con una salvaje. La aparición del hermano de

¹² Páginas 165-166.



la Candi convierte el erótico idilio en tragedia rural. El lector caminará ya seguro hasta el final del libro, que se deja entrever.

Quedan tres noches, tres noches de cárcel.

Tercera parte, tres últimas noches

En esta parte última destacan algunos elementos de composición novelística. La estructura es la misma. Lineal. Pero Miguel Delibes no quiere asfixiar a su protagonista entre los muros del penal: "tres metros al menos tendrían". Y vuelve a la técnica inicial. Sirviéndose de los compañeros de celda, salimos de la cárcel a través de las historias de los penados, viajando por pueblos, cuadras, tajos, casas de los campos de Castilla, asistiendo a crímenes pasionales, delitos sexuales, robos, estafas, etc... Pero todo este mundo, lógicamente atroz (incultura social que purga en delitos de muerte), tiene dos finalidades: tener prendido al lector, aunque no sorprendido, y servir ante todo para confirmar la gran tesis de la novela: la especial y sana inocencia de Pacífico.

Así como en la primera parte se trata de obtener certeza de la "especial y sana inocencia" de Pacífico, a fuerza de pasarle por un muestrario de costumbrismos que a él no le atañen, demostrando que Pacífico está sobre el bien y el mal de su aldea, como si fuera un "extranjero" en su pueblo. En la tercera parte, Miguel Delibes trata de reafirmar esta inocencia contrastándolo con los criminales comunes de cualquier penal español. La sentencia del lector, representado aquí por el Doctor, es siempre la misma. Pacífico es inocente.

P. P.—Pero yo lo sé, oiga. ¿Es que va a decirme que no llevo falta dentro?

Dr.—Que tu abogado me señale para declarar ante el tribunal. Tu caso es un caso de médico.

P. P.—¿También se va a salir usted ahora con lo de que estoy chalado? Pues no estoy chalado, para que lo sepa¹³.

El lector, al cerrar el libro, ha simpatizado con Pacífico Pérez y reconoce que el nombre de su protagonista no está a tono con la personalidad del mismo. Pacífico tiene más sustancia que la que quiere connotar la artificial grisura de su nombre y apellido.

Miguel Delibes es un escritor cálido, de altas cotas espirituales. Incluso podría insinuarse que pudiera no estar bien visto por mundo literario nacional e internacional, dado que se muestra portador de

¹³ Páginas 293-294.

una moral recta, cristiana, tan vapuleada, y a veces ridiculizada, por escritores de cartel. Delibes remata su novela límpidamente:

“El recluso Pacífico Pérez falleció en el Sanatorio Penitenciario de Navafría, donde cumplía condena, el 13 de septiembre de 1969. Ocho años antes fue condenado a muerte en garrote por el Tribunal que le juzgó, pena que le fue conmutada por la de treinta años de reclusión por clemencia del Jefe del Estado.”

“A continuación se dirigió a su padre, don Felicísimo Pérez, expresando su deseo de contraer matrimonio con la señorita Cándida Morcillo... (para) ... dar padre a su hijo. Acto seguido, a petición propia, el finado confesó y recibió la comunión con plena lucidez...”¹⁴.

Proceso a Delibes

La novela ha terminado. Ante nosotros Miguel Delibes y su *La guerra de nuestros antepasados*.

Miguel Delibes se nos ha presentado como un escritor hondamente, sentidamente humano, comprensivo, pacifista, tranquilizador. No es Miguel Delibes un escritor moderno en el sentido polémico de la palabra. No es un escritor de trasfondo problemático, aunque sus obras anden asentadas en graves problemas. Moja su pluma en la tinta de la calma. Invita al lector a ver el pozo sin fondo del alma de los demás. Quiere informar más que mentalizar, noble talante.

Miguel Delibes se está especializando en la novela de campo; y de los libros de campo ha preferido concentrarse en un tipo: el varón de dolores de la mediocridad que quisiera vivir libre en campo o ciudad, volar como un gorrión sobre las horizontales tierras castellanas, entre un viento fresco, alimenticio, viento de corazón grande, sano, por el que resbalara la paz. Este es el ideal. Y el fracaso de este ideal, o la suma de pequeños goces y muchos dolorcillos en pos de este ideal, es el cuerpo, es la savia, es la sustancia literaria de Miguel Delibes, escritor, de ver, andar, contar y cazar, escritor que ama la vida de trabajo al sol, vino y pan.

Un camino sin rebeldes

Sus cazadores, sus náufragos, sus emigrantes, sus empleados, sus funcionarios, sus niños (¡ah, el Nini!), etc..., todos son argumentos de su gran tesis: la conformidad social, dentro de un progreso laboral. Miguel Delibes no es pintor de rebeldes a la moderna. Y no podemos menos de afirmar que el conjunto de la obra de Miguel

¹⁴ Página 296.



Delibes se resiente de alguna monotonía. Mucha rata, mucho camino y mucho funcionario gris. Porque lo que se echa de menos en Miguel Delibes es una gran historia de amor, muerte o aventura. Quedan planos sus libros. Además, su alabanza de la aldea deja entrever cierto distanciamiento de laboratorio. Alabanza de la aldea... pero desde la ciudad. Algo de esto tendría la literatura rural de Delibes. Y muy claro queda que el bucolismo de Delibes hoy día resulta algo artificial. Todas las novelas de Delibes son íntimamente nostálgicas. Los personajes de Delibes, pasada cierta edad, viven de recuerdos. Y si jóvenes son, no tienen porvenir. Y no vale.

“Cree el tío Ratero (hablamos de ‘las ratas’ de Delibes) que las ratas son suyas, la cueva suya, y no pide más a la vida. En cuanto al niño, su actividad consiste en cazar ratas, pescar cangrejos, castrar cerdos y en mil cosas más, pues conoce los secretos de la agricultura, la pesca, la caza, la cría de animales, etc. Una señora acomodada y ridícula, apodada “el Undécimo Mandamiento”, insiste en dar instrucción al Nini para que el día de mañana sea hombre de carrera; pero ni el niño, ni el tío Ratero (y añadimos nosotros: ni la voluntad de Delibes), acceden. Para ellos la felicidad está en la cueva, en las ratas, en el campo que conocen palmo a palmo”¹⁵.

Quizá el Nini sea, es un modo de hablar, el antecedente de Pacífico Pérez. Ya se ve el final. Porque no se puede vivir de espaldas a la evolución social. Esta puede ser la gran dificultad que se encuentra en los libros de Delibes, tan clásicamente escritos. Delibes no vitaliza el campo de Castilla. Lo recrea. Como dice Sobejano en el libro anteriormente citado: “Se limita a presentar la vida tal como es habitualmente en aquel rincón castellano, bajo la distinta coloración vital de sus estaciones”¹⁶. Tierras, animales y hombres. Pero estabilizados. Y si se ve forzado el protagonista a abandonar sus predios es para ingresar en la cárcel y ser condenado a muerte. Problemática postura la de Delibes.

Verdad que en otros libros, especialmente *Cinco horas con Mario*, intentó Miguel Delibes vivir en la ciudad. Pero prescindiendo que la novela es un velatorio—auténtico reflejo de una España de posguerra—, Delibes no brilló con el desparpajo que posee cuando se echa al monte, escopeta al hombro. Miguel Delibes es, sin duda, hoy por hoy, esencialmente un escritor del campo castellano. Ese es su mejor, su más agradecido ambiente. Simpatiza con él y se crece en sentimientos, intuiciones, hallazgos descriptivos.

¹⁵ GONZALO SOBEJANO, *Novela española de nuestro tiempo*, Editorial Prensa Española, Madrid, 1970, p. 146.

¹⁶ Página 146.

Una técnica mejor para el campo

Dentro de este cuadro campero, en *Las guerras de nuestros antepasados*, Miguel Delibes riza el rizo de sus anteriores hallazgos. La novela es más completa; tiene la gráfica de interés mejor trazada, siempre dentro del mismo marco; el ejercicio narrativo de sus sabores rurales llega al virtuosismo de la fantasía: a Pacífico Pérez le duelen las manos cuando podan una higuera, orina sangre cuando cortan un árbol, tiene como una bombilla eléctrica en el pecho que se enciende en determinadas ocasiones, anda desnudo por enjambres de abejas sin que le molesten, hay gallinas con gafas en su casa, su abuela lleva corona de santa, tiene visiones y acaba ahorcándose, etcétera.

El repertorio de lo folklórico llega a lo inusitado y el chisporroteo de invenciones costumbristas populares alcanza elevada cota.

Narrativamente ha usado un proceso nada original. Toda la novela es una conversación magnetofónica entre Pacífico Pérez y un don Francisco de Asís Burgueño, doctor en Medicina. Y realmente es todo un franciscano por su bondad, paciencia, buenos sentimientos, voluntad de ayuda para con el "especial" Pacífico Pérez.

¿Qué hubiera sido mejor?

A veces cansa. Hay un exceso de interrogatorismo. Nosotros nos atrevemos a insinuar que si de la novela, tal como está, se eliminaran todas las intervenciones del Doctor—salvando las inevitables—, pues *Las guerras de nuestros antepasados* ganaría muchos quilates. Porque al quedar convertida en monólogo de un castellano de campo y crimen, cobraría un nuevo realismo. Porque lo que rebaja el valor de la personalidad de Pacífico Pérez es el exceso de paternalismo del Doctor. Pacífico es un atrapado del interés minucioso del Doctor. Así, tal como está, resulta fatigante. El lector está tentado muchas veces de saltarse las preguntas del Doctor y leer únicamente las respuestas del original Pacífico Pérez.

La timidez defendida: El corazón de la trama

La novela plantea un problema de indudable actualidad. La urgente necesidad de defender al tímido en una civilización fundamentada en la violencia, en la agresividad, en la crueldad, en la indiferencia por ese hombre anónimo, común. A lo largo de casi trescientas páginas, Delibes defiende la ideología, la sensibilidad, el pasado, el presente,



el posible futuro del tímido. Miguel Delibes quiere un espacio vital y social para los tímidos, casi diríamos que desearía una reforma del Código civil y penal en favor de los tímidos. La novela podríamos aventurar que es una defensa de los derechos humanos de esa situación psicológica.

Pero Delibes no ha escrito una novela simplista que, leída desde este ángulo, tanto valdría como un ensayo sobre la timidez. Porque se trata de una idea de la timidez compleja. No defiende al pobre hombre, al ingenuo, al infradotado. No. Defiende a un hombre que carece de instinto de agresividad, y esta carencia le lleva a marginarse en una indiferencia por los valores de los "fuertes", valores que no son todos "malos" en sí. Ni los tímidos-Pacífico son "el bien" ni los agresivos son el "mal". Delibes postula un respeto para el hombre físicamente no brillante, no modelo de ironía conversacional; para el hombre que carece de cualidades de mando pero tiene que sufrir las violencias de los de "arriba".

Un tímido para Delibes—y para la vida—es un expuesto a ser abusado del prójimo. Este es el corazón de la novela. Delibes ha expuesto el problema brillante, clarísimamente. Y ha hecho la gran defensa—muy triste también por cierto—del tímido. Lo ha enriquecido interiormente, le ha dotado de una extraordinaria capacidad de adaptación, sentido de supervivencia, etc... para, en el fondo, matar a su tímido. Como si supiera que la tesis es indefendible y que cada día el mundo, la sociedad, nuestra sociedad, caminará sobre los rieles contruidos por los fuertes, los violentos, los irónicos, los abusadores, los ladrones del respeto ajeno..., y así deja entrever que reina entre los fuertes una irresistible envidia de los tímidos. Ni un solo agresivo deja de ser vulgar en *Las guerras de nuestros antepasados*. Y es que nada hay tan vulgar como la radical inconformidad consigo mismo, raíz de cierta ambición, patrimonio de los fuertes. Esto es lo que irrita de Pacífico Pérez, que está de acuerdo con su limitación. Se sabe débil, tímido, aislado, raro. Pero esa es su fuerza: saber que lo es, aceptarse y vivir... Como nos demuestra Delibes en la novela, la vida—que es de los fuertes—, esta postura ni la perdona ni la olvida. La vida persigue, se ensaña con los tímidos. Al final, Pacífico quedará solo, enfermo, morirá teniendo a su padre en contra, como si hubiera perdido la partida de la vida. La Iglesia es la única que le da todo auxilio, la que le absuelve, la que nada le echa en cara, la que lo hace suyo, tal y como un día naciera. Como si faltaran en el libro aquellas palabras de Cristo: bienaventurados los pacíficos, los mansos, los humildes, los que lloráis... los pobres hombres... porque de vosotros es el Reino de los Cielos.

La defensa de la compleja timidez, de la verdadera timidez es el gran tema del libro. Aunque a esta defensa nosotros insinuaríamos

alguna tolerancia en materia de relaciones prematrimoniales; porque aun estando—artísticamente hablando, como novela—casi justificadas, hay que decir que no a tal compensación de la timidez. Porque, aunque tímido no significa ingenuo para Delibes, sí queda claro que Pacífico va más allá de lo correcto en muchas ocasiones y su pasividad merece alguna puntualización.

Pero éstos son criterios moralizantes, no literarios. Todos valen, aunque aquí deben sobresalir los concernientes a la crítica literaria. Y la defensa que de la timidez hace Delibes, intencionadamente, es profunda, atractiva y válida.

Sabroso «folklore»

Otra de las dificultades con que el lector tropieza es el excesivo fragmentarismo de su sintaxis. Ya comprendemos que dice con el estilo asmático y tímido de Pacífico y los arbitrarios y fraygerundescos saltos de una historia a otra. Pero hay un término medio “artístico” que Miguel Delibes no logra totalmente. Sin embargo, en cuanto al vocabulario no podemos sino elogiar seriamente a Miguel Delibes, Rico, variado, sabroso, arcano y moderno, preciso, agudo, brillante, restallando siempre fuerza natural, como una gran fontana de agua helada, azul y mordible. Es un verdadero hallazgo.

Pronto se estudiarán los vocabularios en Delibes y tendremos un libro valioso. Quizá el mejor de sus hallazgos está en la descripción de la muerte del perro y en el primer encuentro de Pacífico y Candi, en Prádanos. Se le nota a Delibes como si pusiera sangre caliente en las palabras y, a través de la frase, oímos como el tac-tac del pulso y el bum-bum de su corazón y se palpa el silencio, como si la naturaleza se hubiera detenido y solamente la pluma de Miguel Delibes dibujara, sobre el paisaje, la acción.

¿Demasiado fiel a sí mismo...?

Finalmente creemos que, cuanto al vocabulario, Miguel Delibes se ha dejado llevar de lo caricaturesco al bautizar a sus personajes. Nos parece extraña tal fauna nominal, pero reconocemos que puede ser un hallazgo más del folklore castellano. He aquí una muestra: Pacífico Pérez, Felicísimo, Benetilde, Don Del, Vendiano, Isauro, Dictrinia, Don Prócoro, Teotisto, Galdamés, Corina, Delgadina, Escolino, Metodio, Emigdio, Bebel, etc... Sin embargo, son un hallazgo para el castellano, la reincorporación, la puesta en rodaje de palabras todas ellas rezumantes, sabrosas, destilantes resina, fruta fresca, huerta temprana, casi diríamos un neo-casonismo: las nogalas, el

enjambrón, el hornillazo, el crestón, etc..., toda la novela es, quizá, más hallazgo filológico que aventurero.

Las guerras de nuestros antepasados está demasiado en línea Delibes para entrar en el mercado del "best-seller". Es una novela más de su filón. Nada de innovaciones, nada de experimentos expresivos. Castilla hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual.

Moravia y los diálogos

Miguel Delibes es un escritor que ha creado su mundo humano y geográfico. En ciertos aspectos, aunque a primera vista pudiera parecer llamativa nuestra insinuación, nos recuerda al gran escritor Alberto Moravia. Especialmente en la novela *Io e Lui* editada por Bompiani, Milán, 1972. Moravia ha creado un universo cerrado, el mediocre europeo víctima de un sistema ideológico postbélico, de una problemática económica, de una circunstancia cerrada, de una tipología anónima. Y también Moravia ha declarado con ocasión del estreno de su obra teatral *El mundo es lo que es* que "ya estoy cansado de describir, prefiero el teatro, donde todo son únicamente diálogos".

Además Moravia, como es sabido universalmente, es promiscuo en exceso y gusta de interrogar a sus personajes hasta desnudarlos psicológicamente, sensualmente, físicamente, socialmente... Y parece que Delibes, unos años tan sólo más joven que Moravia, ha conectado con las dos posturas del escritor italiano. Un mundo de campo cerrado, el diálogo exageradamente largo y desnudar como forma expresiva novelística a sus campesinos. Bien. Es una estilística respetable. Tendrá sus problemas. Nosotros hemos notado en esta obra como un cierto cansancio de las formas externas de narrar en Delibes. Y ha recurrido al diálogo magnetofónico—muy logrado en este caso—pero peligroso en sí...

Lope, Azorín...

Finalmente queda en pie, como gran resumen, el brillante homenaje de Miguel Delibes, desde esta novela, a la vida de sus paisanos, los hombres anónimos de la histórica, noble, proteica tierra de Castilla la Vieja. Cuando más adelante la novela, más virgen Delibes nos presenta a su tierra, como si tuviera, al describirla, presentes aquellos versos de otro gran hombre, amador del pueblo de Castilla, Lope de Vega:

No sé qué tiene el aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos.



¿Por qué no conocemos el alma de un escritor antes de leer su libro? Lo dijimos al iniciar este intuitivo análisis.

Poco más podemos añadir ahora. Afirmaríamos ahora, con temor y temblor, que el alma de Delibes es un canto nostálgico por una Castilla que la civilización moderna está eclipsando.

Y aún más. Nos parece Delibes un neo-Azorín. Con más trama novelesca, con un castellano más bullicioso, más respuntado, sin la clásica, la hermética sensibilidad de Azorín. Pero el amor, el alma, la pupila sobre las llanuras de Castilla nos parece muy azoriniana. Porque... porque Miguel Delibes ya nos parece, desde ahora, más un escritor incorporado a la literatura clásica española que a la aventura de la moderna.



PIETRO BRUGNOLI

**EL CORAJE DE SER LIBRE
MISION Y ESTRUCTURA DE LA IGLESIA**

408 págs. 300 ptas.

"En la Iglesia es de verdad importante y decisivo aquella audacia de 'simplificar lo que es complicado y de no complicar lo que es sencillo', que ha constituido el lema y la vida del Papa Juan... El libro quiere abrir la puerta al gozo de una Iglesia libre."

Así escribe en el prólogo el autor, que en estos meses ha saltado a las páginas de todos los periódicos.

* * *

JESUS M. GRANERO

ORACION EVANGELICA

1.281 págs. Rústica, 400 ptas. Tela, 450 ptas.

Un libro que, en esta hora de la Iglesia, aparece en su QUINTA edición, nos está diciendo muchas cosas...

Pero, ante todo, que el autor supo captar muy a tiempo las inquietudes de nuestra circunstancia espiritual y que son ya muchos quienes, en este libro, han encontrado una orientación fraternal y eficaz para seguir caminando.

* * *

MIGUEL DE LA PUENTE

**CARL R. ROGERS:
DE LA SICOTERAPIA A LA ENSEÑANZA**

420 págs. 300 ptas.

La personalidad de Rogers destaca con preeminencia en la Sico-terapia moderna. Este libro recoge el progreso y la evolución de Rogers, a través de sus actividades docentes e investigadoras. Es la biografía de su pensamiento.

EDITORIAL **RAZON
Y FE**

PABLO ARANDA, 3-MADRID-6

